



**El destino final de Dayu Matsumura**

**Ángeles en Tokio III**

**Naru Ishida**

*No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.*

*[www.naruishida.com](http://www.naruishida.com)*



## Capítulo 9

### La concepción

Decidieron descansar y dormir unas horas, antes de volver a la escuela. En la habitación "kawai", donde habían estado hablando, se quedaron Seiya y Dayu. En la puerta, Dayu sonrió a la vez que alargaba la llave de la habitación a Saito.

— La de al lado es la vuestra —dijo mirando también a Noriko— Que la disfrutéis.

Les lanzó una mirada de perversidad maliciosa mientras se dirigía de nuevo adentro, asegurándose de cerrar bien la puerta. Dayu había hecho el registro y había solicitado dos habitaciones, lo que no se esperaban Saito y Noriko fue lo que se encontraron en el interior de la misma. Su habitación era más elegante, con una única cama que ocupaba casi la totalidad de la misma y con una botella de cava incluida.

— Tsk, menudo idiota... —Saito no lo dijo con enfado.

— Un idiota muy considerado —rectificó Noriko mientras tomaba la botella en sus manos.

— Bueno, entonces habrá que aprovecharlo —se acercó a ella y tomó la botella para abrirla, sirviendo en un par de copas. A continuación se quitó la corbata y se dejó caer en un sillón. Noriko observó el uniforme escolar de reajo que estaba depositado en la cama, convenientemente doblado bajo una bolsa de plástico.

— ¿Te lo vas a poner?

Aunque lo preguntó serio, Saito disfrutaba con todo aquello. Noriko dudó.

— ¿Te gustaría que me lo pusiese?

— ¿Por qué no? Además, ya está pagado, sería una ofensa si no lo hicieras.

Con rapidez, Noriko tomó el uniforme y se dio media vuelta para ir al otro extremo de la habitación.

— Date la vuelta. — Ordenó.

Cuando se aseguró de que no estaba mirando, Noriko se cambió. Era el típico uniforme juvenil que consistía en una falda cortísima de tablas, camisa blanca y corbata para chica. Sus piernas vestían unos calcetines blancos que llegaban a las rodillas y calzaba zapatos negros de charol.

— Ya, ¿contento? Hentai... — terminó susurrando.

— Un perverso no te diría que estás preciosa.

Es como si la hubiesen dado un "zas" en toda la boca. Saito podía ser muchas cosas, pero desde luego no era un perverso, y si lo era, lo disfrazaba muy bien con su seriedad y elegancia.

A continuación se oyó el chasquido del mechero de Saito cuando este se encendió un cigarrillo. Un olor a humo mentolado inundó la estancia.

— ¿Te molesta? —preguntó, pero la chica negó con la cabeza mientras miraba ahora por la ventana. Era la primera vez que ambos compartirían habitación y probablemente cama, por lo que Noriko no hacía más que prolongar la agonía. Quería a aquel hombre con todas sus fuerzas pero tampoco quería ponérselo tan fácil, pues aquel era el terreno de Saito: un "love hotel", bebida, señoritas de compañía... Pero ella no era como las mujeres con las que había estado el yakuza, ni de lejos. La situación parecía ponerse tensa, pero a Kunimatsu Saito le sobraban armas de seducción.

— Noriko —la llamó y esta dejó de observar la oscura calle a la que daba el hotel, se vio obligada a mirarle.

Aquel hombre estaba sentado en una postura bastante masculina y provocadora, dio un sorbo al cava y lo dejó en una mesita, sostenía el cigarrillo entre sus dedos con sutil elegancia. Los primeros botones de su camisa estaban desabrochados, por lo que se veía el inicio de sus tatuajes.

La chica se acercó a él abstraída, como si fuese un pelele atraída por un potente imán. Saito hizo que se sentase en sus rodillas y la ofreció su copa.

— Hoy me has sorprendido jovencita.

— ¿Ah sí? —intento preguntar con indiferencia, pero su mano ya estaba jugando con uno de los botones de la camisa.

— Cuando examinamos ese cadáver... jamás había visto a una mujer actuar con tanta inteligencia y sangre fría, a pesar de lo que había allí.

— ¿Pensabas que gritaría, me pondría histérica o algo así?

Saito dio una carcajada.

— En absoluto. —una mano grande descansó sobre el muslo de la chica, el calor que desprendía era indescriptible. Se miraron, era imposible resistirse a la mirada azul del arcángel. Noriko fijó su vista entonces en los labios cubiertos de acero y tragó saliva antes de que Saito la besara, tomándola por el cuello y enterrando sus dedos entre el suave pelo de ella. El beso de un arcángel. Seguidamente Noriko apoyó su frente contra la de él, su corazón latía con fiereza.

— Deberías de saber algo. Kunimatsu yo... —tragó saliva— no he estado con ningún hombre.

— Ya, imagino que Matsumura no cuenta como hombre...

Rieron, la de Noriko fue una risa nerviosa.

— Me refiero en esta vida y bueno, lo de Matsumura fue hace demasiado tiempo, pertenece al pasado.

— A "nuestro" pasado —corrigió Saito elocuentemente.

Gracias al buen humor de su amante, Noriko se sintió más tranquila y animada. Era cierto que amaba a aquel hombre pero también le infundía un pequeño temor, pues Saito, el arcángel Rafael, era poderoso, con siglos y siglos de experiencia, nada que ver con ella, un ángel joven que ni siquiera se había completado.

— Noriko, no me hace falta leer tu mente para saber lo que estás pensando. Puedes estar tranquila y solo llegaré hasta donde tú quieras llegar. —Dijo acariciando su cabello. — Aquí no importa la edad ni nuestro rango, solo nosotros decidimos si queremos abrir un abismo que en mi sincera opinión, no existe. Mi contenedor... yo mismo, he sido un hipócrita por querer llevar un tipo de vida superficial, no he sido ningún santo Noriko, así que creo, que estamos en igualdad de condiciones, ¿no crees? —ella asintió moviendo la cabeza a la vez que le rodeaba el cuello con sus brazos.

— En ese caso Kunimatsu, quiero... llegar hasta el final. —había sensualidad en la voz femenina, una sensualidad a la que Saito ya no pudo resistirse. Ayudado por Noriko se despojó de la camisa.

Mientras tanto, en la habitación contigua, Dayu mantenía la oreja pegada a la pared, oportunidad que Seiya aprovechó para desvestirse y ponerse su disfraz de doncella. Luego se sentó en el cabecero de la cama.

— Ya no se escucha nada, joder por fin esos dos van a hacer algo, ya era hora. —se dio la vuelta y se percató de la situación, una amplia sonrisa se dibujó en el bello rostro de Matsumura. Se acercó a la cama y le observó. Aquello le mataba, ver a su amante con aquel gesto de bendita inocencia, con ese disfraz, su niño dulce y adorable. Pero sabía que estaba jugando con él.

— Te... tengo frío... —dijo. Dayu se despojó de la ropa y tiró del coiletero de su largo pelo, dejándolo suelto. Era como liberar el fuego.

— No me digas...

Sensual, asquerosamente atractivo. Se subió a la cama con suaves movimientos de felino. Seiya estuvo tentado de taparse la cara con las manos para no ver como se acercaba, pero no pudo hacerlo, se quedó absorto contemplando a su bello amante, a su ángel oscuro. Tragó saliva a la vez que Dayu se colocaba sobre él, haciendo que su pelo rojizo cayese grácilmente por los lados. Seiya se había quedado de lado, casi boca abajo, por lo que Dayu comenzó a besar la oreja de este y comenzar así un lento descenso por la espalda, a la vez que le abrazaba y le desvestía. Pero al pasar las manos por la fina piel de seda de Seiya y besarla, Dayu se percató de algo y alzó la cabeza, deteniéndose.

— ¿Qué...? ¿Qué ocurre? —Seiya estaba muy sonrojado. Un silencio eterno.

— Ha empezado el proceso.

— ¿Qué quieres decir? —se dio un poco la vuelta y Dayu volvió a ponerse a su altura.

— Que mi niño ya va a ser un ángel completo —dijo justo antes de besarle en los labios, dulce. Al separarse de nuevo, Seiya se mostró sorprendido.

— ¿Tan pronto? No puede ser... Pero si... no me duele ni nada. — Dayu sonrió y movió la cabeza a ambos lados.

— Cariño, no puedes compararlo conmigo, tú eres un siervo de la luz y tu cuerpo es regenerativo, por eso no tienes molestias, salvo cuando te salgan, claro, pero ya nos encargaremos de eso. No permitiré que pases por un dolor semejante.

— Dayu... — una pequeña y cálida mano se posó en la mejilla de este. Se besaron de nuevo, con más fervor.

Cuando un ángel alcanzaba la madurez en el mundo humano, se completaba, sus alas serían visibles y podrían utilizarlas. El contenedor y el ángel se hacían uno, sus almas se fusionaban. Sin embargo, Dayu sabía que Seiya tenía razón, era demasiado pronto para él.

Aquellos pensamientos se desvanecieron en cuanto Dayu hizo arder su fuego en aquella cama, robando el oxígeno de aquella habitación, haciendo temblar al mundo entero. Convirtiendo su odio en una pasión desbocada, su largo pelo se agitaba como una marea

roja en cada embestida de placer, haciendo que Seiya gimotease, haciéndole suplicar que no se detuviese, haciéndole gritar que le amaba. Matsumura le tomó con ansiedad, como siempre lo hacía, como si fuese la primera y la última vez, estableciendo aquella placentera conexión que llevó a ambos amantes hacia un éxtasis del que los humanos jamás podrían gozar.

En la habitación contigua, la siempre indomable Noriko Hayashi se había rendido ante el arcángel. Sabiendo que jamás había experimentado algo semejante, Saito fue prudente. Era la segunda vez que se comportaba así con una mujer, pues siempre con sus ligues el yakuza había sido muy duro, pues esas mujeres eran frías y solo querían una cosa de él: su polla y su dinero. Sin embargo sabía que Noriko le amaba, había dado incluso su vida por él cuando Alastor hundió su espada en ella, interponiéndose. No era como el resto, Noriko era una muñeca gótica, un alma que se había olvidado de sentir emociones. Hasta ahora.

En aquel sillón y mientras se besaban, ambos podían sentirlo. Existía una fuerte conexión entre ellos que no podían comprender aún. Las caricias del arcángel se convirtieron en una tortura cuando la hizo girarse, para recostarla sobre él y comenzar un lento descenso hasta la locura. Noriko tembló cuando sintió sus grandes y cálidas manos explorando sus senos, pellizcándolos, apresándolos para jugar con ellos. Como si se tratase de un mecanismo de defensa, la chica apretó sus muslos.

— Estás demasiado tensa... —la voz masculina hizo eco en sus oídos.

— Maldito, eso es porque me pones nerviosa... ya te he dicho— gimió —que es mi primera vez.

— Entonces... —bajó una de sus manos por su vientre— haré que te relajes primero.

Al sentir la cálida mano cerca, Noriko relajó las piernas y las separó un poco. Los dedos masculinos se deslizaron por su intimidad en una suave caricia. La chica gimió de placer solo con ese primer contacto, encogiendo su cuerpo.

— Esto sí que es una sorpresa...—con estupor, Saito observó su mano, que la puso delante del rostro de Noriko, la cual jadeaba. — Fíjate en esto, nunca había visto tanta humedad. — susurró en tono grave.

— Es... por tu culpa...

— Y yo creo... —dijo mientras la acariciaba de nuevo— que has aguantado demasiado tiempo, Noriko Hayashi.

Esta apoyó las manos sobre las rodillas de su amante y se mordió el labio, era una tortura, placentera y casi inaguantable. Arqueó tanto su cuerpo que Saito la tomó por la cintura y la

levantó poniéndose en pie, sin el menor esfuerzo. Sus dedos seguían deslizándose por el torrente de placer.

Era una locura, un sueño del que uno no querría despertar nunca. Y eso tan solo era el principio. Tomándola solo con un brazo, Saito dejó a Noriko sobre la cama. La acarició más deprisa hasta que la chica estalló en un brutal orgasmo, el primero tras veintiún años de vida.

Realmente y aunque había estado con multitud de mujeres, Saito jamás había visto algo como aquello. Un fuerte sentimiento hizo presa de todo su cuerpo. Un sentimiento que pertenecía a un pasado muy lejano y que no había vuelto a sentir hasta este día. Al verla sobre la cama, temblando y jadeando, era la misma sensación...

La discípula de Gabriel.

Ahora el yakuza quedó de rodillas sobre ella, alzando su escultural y gran cuerpo lleno de tatuajes y cicatrices. Estaba tan bueno que reventaba la vista. Entrecerró sus ojos azules en un gesto devastadoramente sensual, tomó las manos de Noriko y las puso sobre su torso. La chica tragó saliva y las paseó, bajando hasta su abdomen y luego por sus caderas.

Poderoso, magnífico.

Sus dedos también acariciaban aquellas cicatrices, las tenía por todo el cuerpo. Los ojos de Noriko se volvieron tristes un instante, pero Saito levantó su barbilla para que le observase.

— No quiero compasión, Noriko.

— Matsumura me lo contó todo... —comenzó a decir negando con la cabeza y siguiendo con sus dedos una fina cicatriz de la cadera— Y la verdad, no me extraña que te aferrases a él. También me contó... lo de aquella chica, tu prometida. — se atrevió a decir.

— Y yo creo que ese idiota habla demasiado —se tumbó a su lado y la atrajo hacia sí, acariciándola el pelo.

— Se preocupa por ti y... yo también.

Los ojos oceánicos del yakuza se entrecerraron de una forma sensual e hizo una mueca.

— Dime algo, ¿qué tal con Gabriel? ¿Se ha portado bien contigo? —preguntó evadiendo el tema. Su mano inició un descenso sutil por la espalda de ella.

— No he tenido padres humanos por lo que él ha sido como un padre para mí, el me crío y me enseñó todo lo que sé, es la única familia que tengo.

Una sonrisa en el rostro de Saito.

— ¿Qué?

— Nada —dijo justo antes de besarla. La envolvió en un cálido abrazo y apretó su erección contra ella. Aquello era como una barra de acero al rojo vivo y estaba claro lo que necesitaba. Se enredaron en un juego de caricias, besos e incluso mordiscos. Saito introducía

ahora su lengua en la oreja de Noriko, jadeaba por las caricias de ella en su excitado miembro.

— Noriko... —cayó en la cuenta de algo— ¿tomas alguna clase... de anticonceptivo?

— No... Ya te lo he dicho, es la... primera vez —respondió entre jadeos.

— Mierda, espera un segundo. —se levantó de la cama corriendo y se puso solo los pantalones para salir por la puerta.

— ¿A dónde vas?

— A por refuerzos —chascó la lengua y pensó. — "Muy previsor, Kunimatsu Saito."

Tragándose su orgullo, llamó a la puerta de al lado, estaba a punto de derribarla cuando Dayu abrió la misma, semidesnudo y con el pelo hecho un lío, estaba claro lo que hacía con Seiya, además mantenía una mano en la entrepierna.

— ¿Qué coño quieres? ¿Acaso no te diviertes con Noriko? —farfulló arrogante.

— Necesito un preservativo.

— ¿Cuál es la palabra mágica?

Saito le tiró de la oreja.

— No te hagas el gracioso y dame un maldito condón Matsumura.

— Joder, vale, vale... —se soltó y fue a por él. — Aquí tienes.

— Te debo una.

— Ya, ya...

Al cerrar la puerta, Dayu se quedó en el sitio, pensativo.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Seiya desde la cama.

Sin decir nada, Dayu cruzó la estancia a zancadas y cogió la caja de donde había cogido el preservativo. La dio la vuelta y se mordió el labio.

— No puede ser... —ahora se echó a reír, aunque en el fondo le invadía el miedo— En fin, no podemos cambiar el destino.

— ¿De qué hablas?

— No te preocupes tesoro, no es nada. —dejó la caja donde estaba.



Mientras tanto, lejos de allí, en un pequeño apartamento de Akihabara, Álex trataba de dormir, se movía constantemente de un lado a otro. Desistió y salió fuera, apoyándose en la barandilla del pasillo mientras se encendía un cigarro.

— “En serio, ¿cómo podía Matsumura dormir aquí? Esto es muy pequeño e incómodo. Vaya, como echo de menos mi casa... mierda, y es duro que tus padres no sepan ni quién eres.”

En el baile, Álex recordó como se vio forzado a "conocer" a sus padres, unos padres que acababan de iniciar su relación. El propósito de Álex era avisar a Dayu sobre su fatal destino de muerte, enviado por Seiya a través del tiempo para impedirlo. Pero aquella noche, el reloj inició la cuenta atrás.

— “Matsumura, te quedan nueve meses...”